

F-350

8702

FRANCISCA MOYA DEL BAÑO

PRESENCIA DE TIBULO

DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADÉMICO 1982-1983

SECRETARIADO DE
PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA
1982

10

**DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADEMICO 1982-1983**

FRANCISCA MOYA DEL BAÑO

UNIVERSIDAD DE MURCIA



1215176

PRESENCIA DE TIBULO

DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADÉMICO 1982-1983



F-350-3702

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Facultad de Letras
EL BIENESTAR
Departamento [COA]
Registro [1215176]

SECRETARIADO DE
PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA
1982

Presencia de Tibulo

*Magnífico y Excelentísimo Sr.
Excelentísimos e Ilustrísimos señores.
Queridos compañeros y alumnos.
Señoras y señores:*

La suerte de un turno y su coincidencia cronológica con los bimilenarios de las muertes de grandes poetas latinos de la edad augústea, me ofrecen la ocasión de rendir un modesto homenaje al poeta Tibulo cuando aún parecen resonar en este Paraninfo los ecos de otro que congregó ante nosotros a ilustres personalidades del mundo de la Filología de toda España y, lo que es más importante, que contó con la intervención muy cualificada de casi toda esta Facultad de Letras. Cercano, pues, el Simposio Virgiliano que a mi Departamento le cupo el honor de organizar y con la esperanza puesta en otro, dedicado al poeta del que me voy a ocupar hoy y que estoy segura de que nos hará gustar de las excelencias siempre vivas de la mejor poesía latina, sea esta Lección Inaugural el proemio de unos actos a los que deseamos los mejores augurios.

Como puede deducirse de mis palabras el Discurso va a estar dedicado a Tibulo. Al enterarme de que este año me correspondía dirigirme a ustedes en esta solemne ocasión y en nombre de la Universidad, varias ideas vinieron a mi mente, pero pronto me decidí, pues los dos mil años de la muerte de Albio Tibulo justificaban con mucho la elección. La duda surgió entonces sobre lo que debiera decir en un acto condicionado por el auditorio, culto sí, pero no especialista en su totalidad.

Es difícil, y los que me han precedido lo han reconocido implícita o explícitamente, abordar un tema que pueda interesar, del que puedan enterarse bien quienes nos honran con su presencia y que a la vez tenga

la altura científica que se exige a una Universidad, y de la que año tras año se dan excelentes muestras en la de Murcia. Introducirme en cuestiones filológicas estrictamente latinas, que tanto nos atañen y, por qué no, con las que tanto disfrutamos los que a ellas nos dedicamos, con la sorpresa y a veces sonrisa de los más, podía ser demasiado árido con el riesgo de que quizá algunos de ustedes se aburriesen, lo que sería lamentable. Pero tampoco me podía limitar a cantar las excelencias del poeta o leerles pasajes de su obra, por agradable que esto resultara, sino que parecía más útil el presentar aquí el resultado de alguna pequeña investigación propia.

Decidí por tanto finalmente traspasar cronológica y geográficamente las fronteras del mundo romano antiguo y hacer algo que nunca se ha abordado de manera global, el estudio de la presencia de Tibulo en España, o, por mejor decir, en Hispania. Puse, pues, manos a la obra y recogiendo abundante material, llevando a cabo múltiples búsquedas, dedicando a la tarea mucho tiempo, he podido dar forma a un pequeño volumen del que lo que voy a decir ante ustedes constituye la introducción.

Con este trabajo he intentado hacer una aportación a la tradición clásica en España; pero, como se repite en los capítulos particulares, no he pretendido en modo alguno una exhaustividad que, tal como están los estudios en la materia, es del todo imposible hoy por hoy, sino ofrecer una panorámica general que después puede ir enriqueciéndose con nuevas contribuciones de investigadores clásicos y sobre todo hispánicos, especialistas en las distintas parcelas de la literatura y de la Filología en cualquiera de sus múltiples facetas. Ojalá este ensayo mío les sirva de fecundo acicate.

Tiene este trabajo como primera novedad, creo yo, tocar un tema desconocido casi por completo: valga como ejemplo el hecho de que el libro de Highet sobre la tradición clásica (1), tan olvidadizo de lo nuestro, no recoge ni un sólo ejemplo de la persistencia de Tibulo en España sin que tampoco M.^a Rosa Lida (2), en una obra que intentaba en parte lle-

(1) G. HIGHET, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura Occidental*, México. 1978, 2 v. 449+483 pp. (*The classical tradition. Greek and Roman influences on Western literature*. Oxford University Press, New York and London, 1949, XXXVIII+763 pp.).

(2) M. R. LIDA DE MALKIEL, "La tradición clásica en España" NRFH año V, abril-junio. 1951, n.º 2, pp. 183-223, artículo recogido junto a otros de contenido semejante en *La tradición clásica en España*, Barcelona. Ariel, 1975. 436 pp.

Algunas noticias de traducciones e imitaciones ofrecen MENENDEZ PELAYO en B.T.E., B.H.L.C., *Antología de Poetas líricos castellanos*, y J. CRESCENTE Tibulo, *selección de elegías*. Introducción y notas. "Clásicos Emerita", Madrid, 1946.

nar el hueco así dejado, mencione al poeta latino; y como segunda, nuestra pretensión de ocuparnos de otro tipo de influencia distinto del estrictamente literario, que tampoco se olvida, yendo a una presencia más directa, más humana, la de la particular recepción de Tibulo y las reacciones ante él de personas muchas veces anónimas para nosotros, pero que nos han transmitido qué es lo que a ellos interesaba de Tibulo, qué les decía, cómo se lo imaginaban, cómo le justificaban, cómo le comprendían, cómo le criticaban.

Por eso he investigado qué ediciones había en España, quiénes las tenían, qué escribían en los márgenes de sus libros, qué comentarios hacían en sus ediciones, qué se enseñaba o qué no debía enseñarse de él a los alumnos. He podido ver libros expurgados y las reglas de la Inquisición que afectaban a su obra, lo que ordenaban los Jesuitas y los Padres de las Escuelas Pías, sin olvidar por supuesto las imitaciones o traducciones o el conocimiento que de él tenían quienes incluyen sus versos en obras de Historia, Gramática, Retórica etc.

Como reza el título, queda fuera de nuestro propósito hablar de las características de la obra de Tibulo o de sus relaciones con las de otros poetas, etc.; pero a nadie que conozca y sin duda lamente el progresivo retroceso del latín en nuestro mundo cultural le extrañará hallar aquí lo que ofendería en otros tiempos, cuando médicos y juristas, por ejemplo, no sólo leían el latín, sino que publicaban sus traducciones y comentarios de los autores latinos (Pérez del Camino (3), jurista, tradujo a Tibulo, y Sánchez de Viana (4), médico, tradujo y comentó siglos antes las *Metamorfosis* de Ovidio, dos ejemplos que se podrían multiplicar por cien) y cuando en la Enseñanza Media se traducían a Tibulo además de a otros muchos poetas y prosistas, cuyos textos incluso se aprendían de memoria, porque los responsables de la enseñanza eran conscientes de las ventajas que comporta el conocimiento de los clásicos latinos y griegos; quizá se justifique, pues, lo que voy a hacer a continuación. Daré, por tanto, sin alarde de erudición, unas pequeñas pinceladas personales sobre el contenido de la obra de Tibulo, que quizá sean útiles para quienes no hayan leído a nuestro poeta o para eventuales lectores de nuestro trabajo que puedan proceder de áreas distintas a la Filología Clásica.

(3) *Elegías de Tibulo* (sic) traducidas al castellano por D. Norberto Pérez del Camino, con un Prólogo del Excmo. Señor D. Manuel Alonso Martínez, Madrid, 1874, 326 pp.

(4) *Las Transformaciones de Ovidio*, Traducidas del verso latino, en tercetos y octavas rimas, por el Licenciado Viana. En lengua vulgar y castellana. Con el Comento y explicación de las fábulas: reduziendolas a Philosophia natural, y moral, y Astrologia, e Historia. Valladolid, 1589.

¿En qué consiste la obra de Tibulo? Lo transmitido no es demasiado: tres libros de elegías (en las ediciones antiguas y no tan antiguas el tercero se dividía en dos, con lo cual resultaban cuatro) a los que corresponde mejor el título de *Corpus Tibullianum* por no ser todo lo allí incluido del primitivo autor. De su cálamo proceden, así se acepta, las diez elegías del libro primero (en algunas ediciones once al quedar una desglosada en dos), las seis del segundo y las dos últimas del tercero, la 19 y 20. Lo demás pertenece a un poeta no satisfactoriamente identificado, aunque mucho se ha escrito sobre ello, que aparece bajo el nombre de Lígdamo, y al ciclo de Sulpicia, sobrina de Mesala, amigo y protector de Tibulo, y su amado Cerinto (5). Hay también un *Panegírico a Mesala* que nadie reconoce hoy como tibuliano y que fue juzgado siempre como impropio de Tibulo e inferior a su genio.

¿Cuáles son los temas que se entrelazan en estas elegías? Evidentemente el amor es el eje de casi todas las composiciones en torno al cual se desarrollan temas diversos, aunque, sostengo, no caprichosos ni inadecuados. Así el desprecio de la guerra y los ataques furibundos contra ella, reflejo de un antimilitarismo a ultranza (6) nacido de la plena conciencia de los males que acarrea, entre ellos el de su difícil compatibilidad con el amor. Así el elogio de la paz vivificadora, de la tranquilidad, de la vuelta a la naturaleza y a la vida sencilla. Tibulo sólo acepta una lucha, la del amor, en que es soldado y general, *miles et dux* (I 1,75), y la defensa de la paz le lleva a él también a una descripción de la Edad de Oro, donde el tópico se hace poesía de la mejor (7):

*Quam bene Saturno vivebant rege, priusquam
Tellus in longas est patefacta vias!
Nondum caeruleas pinus contempserat undas,
Effusum ventis praebueratque sinum,
Nec vagus ignotis repetens compendia terris
Presserat externa navita merce ratem.
Illo non validus subiit iuga tempore taurus,
Non domito frenos ore momordit equus,
Non domus ulla fores habuit, non fixus in agris,
Qui regeret certis finibus arva, lapis.*

(5) El que estas elegías o algunas de ellas las escribiese el propio Tibulo por encargo de los interesados se ha defendido a veces.

(6) Este antimilitarismo no le impidió acompañar a su amigo Mesala en sus campañas, pero que es sincero quizá lo corrobore el hecho de que sea el único de los poetas augústeos en cuya obra jamás hay un elogio de Augusto ni de sus victorias.

(7) Hesíodo, Arato, Virgilio, Horacio y después Ovidio ofrecen en sus obras magníficos y bellísimos *specimina* de las distintas edades o razas humanas.

*Ipsae mella dabant quercus, ultroque ferebant
 Obvia securis ubera lactis oves.
 Non acies, non ira fuit, non bella, nec ense
 Immiti saevus duxerat arte faber (I 3, 35 ss.)*

“¡Qué bien vivían en el reino de Saturno, antes de que la tierra se hubiese abierto a largos viajes! Todavía el pino no había cortado las cerúleas ondas, ni había ofrecido a los vientos sus desplegadas velas, ni errante y buscando ganancias por tierras ignotas había cargado el nauta su nave con mercancía extraña. En aquel tiempo ni el valiente toro sufrió el yugo, ni, domada su boca, los frenos mordió el caballo; ninguna casa tenía puertas, ni fijo en los campos había mojón que marcase con límites ciertos los campos. Miel las mismas encinas daban, y por propio impulso ofrecían las ovejas la leche de sus ubres a quienes ninguna preocupación tenían. No había ejército, ni ira, ni guerras; ni la espada había forjado con arte cruel el inhumano artesano”.

Y en I 10, 1-4 vemos un ataque a la guerra:

*Quis fuit, horrendos primus qui protulit enses?
 Quam ferus et vere ferreus ille fuit!
 Tum caedes hominum generi, tum proelia nata,
 Tum brevior dirae mortis aperta via est.*

“¿Quién fue el que fabricó, el primero, las horrendas espadas? ¡Cuán fiero y en verdad férreo fue él! Entonces nacieron para el género humano las matanzas, entonces los combates, entonces el más breve camino de una muerte terrible se abrió”.

Desprecio a su vez de las riquezas, que no compensan la carencia del amor y que no pueden o no deben comprarlo. Un paisaje tranquilo, el murmullo de una fuente, la sombra de un árbol, el descansar en brazos de la amada oyendo el sonido del viento y la lluvia, el dedicarse a las tareas campesinas si la amada comparte tales ocupaciones conllevan para Tibulo la más perfecta felicidad. También hay en estas elegías un elogio del hogar, del matrimonio, de la familia, como en los versos siguientes:

*Quam potius laudandus hic est, quem prole parata
 Occupat in parva pigra senecta casa!
 Ipse suas sectatur oves, at filius agnos,
 Et calidam fesso comparat uxor aquam.
 Sic ego sim, liceatque caput candescere canis,
 Temporis et prisca facta referre senem (I 10, 39 ss.)*

“¡Cuánto más digno de encomio es éste al que después de haberse procurado descendencia, una perezosa senectud le sorprende en humilde cabaña! El sigue frecuentemente a las ovejas mientras el hijo a los corderos, y al volver fatigado agua caliente le ofrece su esposa. Así sea yo y permítase que mi cabeza albee de canas y que anciano pueda relatar las historias del tiempo pasado”.

Y quisiera morir el poeta rodeado de su familia, como cuando teme que le llegue la muerte en tierras lejanas:

*Abstineas avidas, Mors, modo, nigra, manus.
Abstineas, Mors atra, precor: non hic mihi mater
Quae legat in maestos ossa perusta sinus,
Non soror, Assyrios cineri quae dedat odores
Et flet effusus ante sepulcra comis,
Delia non usquam (I 3, 4 ss.)*

“Aparta tus ávidas manos, negra Muerte, ya; apártalas, Muerte tenebrosa, te lo ruego; no está aquí mi madre que recoja en su triste regazo mis huesos quemados, ni mi hermana que ofrezca a mis cenizas asirios perfumes y llore con cabellera en desorden ante mi sepulcro, y no está tampoco Delia”.

“Contéplete yo cuando me llegue mi última hora, asido a tí moribundo con falleciente mano” dice en I 1, 59-60:

*Te spectem, suprema mihi cum venerit hora,
Te teneam moriens deficiente manu.*

Aunque la felicidad de Tibulo estriba en su amor compartido, no siempre se le corresponde; hay otro hombre, esposo o no, en la vida de la amada; se le niega el acceso; por eso acude en petición de ayuda a la hechicera, pero no para ser curado, como ella le ofrece, sino amado con victoria sobre el rival, como en este hermoso dístico:

*Non ego totus abesset amor, sed mutuus esset,
Orabam, nec te posse carere velim (I 2, 63 s.)*

“Yo suplicaba no que desapareciera mi amor, sino que fuese mutuo, y no querría poder carecer de ti”.

El amor para Tibulo implica gozar de la juventud, aprovechar el tiempo a amar destinado; por eso dice:

Interea, dum fata strunt, iungamus amores (I 1, 69)

“Entretando, mientras los hados lo permiten, unamos nuestro amor”, y repite más de una vez que llega la vejez y que no se avienen bien las canas y la lucha amorosa. Por eso a los que se burlan del amor les previene de que pagarán su falta cuando en la edad inapropiada hagan tonterías que provoquen la risa de quienes les contemplan.

El tema del castigo de los altaneros, de los que no corresponden al amor o se ríen de él, aparece frecuentemente. Los dioses no quieren esto:

Oderunt, Pholoe, moneo, fastidia divi (I 8, 69)

“Odian, Fólloe, te advierto, los dioses el desdén”.

Fólloe será castigada, lo mismo que Márato, que reclamando ahora su amor, se burlaba en otro tiempo de los pobres amantes (*Hic Marathus quondam miseris ludebat amantes* I 8, 71), y entre ellos de Tibulo, pues en la elegía en que el dios Priapo da consejos sobre la manera de conquistar el amor de los mancebos dice:

Heu, heu quam Marathus lento me torquet amore (I 4, 81)

“Ay, ay, cómo me tortura Márato con su apático amor”.

Si la divinidad ayuda a los audaces, si Venus favorece a los que aman y enseña cómo conseguir los propósitos, también los dioses son comprensivos con los juramentos de los enamorados.

*Nec iurare time: Veneris periuria venti
Inrita per terras et freta summa ferunt* (I 4, 21 s.)

“No tengas miedo a jurar: los perjuros de amor sin valor los llevan los vientos a través de las tierras y por lo alto de los mares”.

El vino como remedio para ahogar los sufrimientos cuando la amada es inaccesible aparece junto al tópico del *paraklausithyron* en que se maldice la puerta cerrada al amante acusándola de ingratitud respecto a los antiguos tiempos en que sus jambas se veían adornadas con guiraldas (I 2, 1-14).

Y en otra ocasión, el que pedía fidelidad a la amada en su ausencia, en una escena llena de encanto y naturalidad (I 3, 83-94); el que estando ella enferma de muerte, la había cuidado acudiendo incluso a los servicios de otra hechicera, sufre con que otro goce de su amor después de haberse

hecho él tantas ilusiones; y, lo que más le atormenta, con que se le engañe valiéndose de las mismas artimañas que él le enseñó para burlar a otro.

Amor y sufrimiento, amor y esclavitud, amor y aceptación de cualquier condición están reiteradamente en la poesía tibuliana unidos a temas como el deseo de que amor y poesía se aúnen, y el de que nadie se venda por regalos.

Porque incluso en el contexto del amor aparece con frecuencia una sincera religiosidad, un culto a los dioses familiares y agrestes, a los que el poeta ofrece sencillas víctimas y pide ayuda.

*Adsitis, divi, nec vos e paupere mensa
Dona nec e puris spernite fictilibus* (I 1, 37 s.)

“Concurrid, dioses, y no desdeñéis los dones de una pobre mesa ni los de los vasos de barro puro”.

Estos son los motivos que van apareciendo en el libro I, en el que también se incluye un elogio a Mesala (elegía 7), en cuyos triunfos participó Tibulo.

En el libro II algunos de ellos se repiten, pero también se perciben evidentes cambios. En el anterior presentaba a Delia como la amada, la musa inspiradora; pero el poeta no ha conseguido consolidar su amor y así en esta nueva serie de elegías aparece otra mujer bien distinta de la primera, amante de las riquezas y del lujo, Némesis.

Pero no sólo se habla de amor en este libro; la primera elegía es una muestra de poesía religiosa, una lustración de mieses y campos con petición de descanso en el día sagrado, en la que se inserta, como no podía ser menos, un sentido elogio del campo y de la vida sencilla.

Una elegía en ocasión del cumpleaños de un amigo le sirve para expresar ideas y sentimientos tan caros a nuestro poeta como el de la felicidad y fidelidad conyugal.

*Vota cadunt: utinam strepitantibus advolet alis
Flavaque coniugio vincula portet amor,
Vincula, quae maneant semper, dum tarda senecta
Inducat rugas inficiatque comas* (II 2, 17 ss.)

“Los deseos se cumplen: Ojalá con batir de alas vuele y aporte a vuestra unión Amor doradas cadenas, que perduren siempre, hasta que una lenta vejez marque las arrugas y blanquee los cabellos”.

Una escena del más puro encanto, en la que abuelo y nietos son protagonistas, surge ante nuestros ojos:

*Huc venias, Natalis, avis prolemque ministros,
Ludat ut ante tuos turba novella pedes* (II 2, 21 s.)

“Ven aquí, dios del Cumpleaños, y a los abuelos da descendencia para que una turba de niños jugueteen ante tus pies”.

El tema del campo reaparece en la elegía 3; Némesis está allí y su amante sería feliz de verse ocupado en los más duros trabajos; porque, además, en el campo estuvo el mismo Apolo enamorado. Pero él también sabe, ha experimentado, que, aunque la codicia encierra muchos males (vv. 37-46), las muchachas prefieren a los ricos, lo cual le predispone a ofrecer a Némesis lujos y regalos.

También el poder del amor y los sufrimientos que implica ocupan gran parte de este libro, y así se lee en él:

*Nunc et amara dies et noctis amarior umbra est:
Omnia nunc tristi tempora felle madent* (II 4, 11 s.)

“Ahora es amargo el día y más amarga la sombra de la noche; todo mi tiempo ahora rebosa de amarga hiel”.

A Tibulo no le sirve de nada la poesía; se verá obligado a buscar dinero incluso robando en los templos de los dioses para lograr a su amada. Maldice, pues, a quien puso el amor a un alto precio, pero está dispuesto a soportar cualquier cosa, hasta el veneno, y, queriendo olvidar, no lo consigue

*Iuravi quotiens rediturum ad limina numquam!
Cum bene iuravi, pes tamen ipse redit* (II 6, 13 s.)

“¡Cuántas veces juré que no volvería a tus umbrales! A pesar de tan buenos juramentos, mi pie sin embargo vuelve”.

El bellissimo tema de la esperanza, tan verdadero, tan magníficamente expuesto y tantas veces imitado está en II 6, 19-28:

*Iam mala finissem leto, sed credula vitam
Spes fovet et fore cras semper ait melius.
Spes alit agricolas, Spes sulcis credit aratis
Semina, quae magno faenore reddat ager;
Haec laqueo volucres, haec captat arundine pisces,*

*Cum tenues hamos abdidit ante cibis;
 Spes etiam valida solatur compede vinctum:
 Crura sonant ferro, sed canit inter opus;
 Spes facilem Nemesim spondet mihi, sed negat illa;
 Ei mihi, ne vincas, dura puella, deam.*

“Ya a mis males hubiese puesto fin con la muerte, pero la crédula Esperanza sostiene la vida, y que el mañana será mejor dice siempre. La Esperanza alienta a los campesinos, la Esperanza a los surcos arados confía la semilla para que el campo la devuelva a crecido interés; ésta atrapa con lazo a los pájaros, ésta con caña a los peces cuando el cebo oculta los pequeños anzuelos; la Esperanza incluso consuela al atado con fuerte cadena; sus piernas resuenan con el hierro, pero canta en medio del trabajo. La Esperanza me promete una Némesis complaciente, pero ella se niega. ¡Ay de mí! No derrotes, muchacha cruel, a una diosa”.

Tíbulo, que tanto admiraba a Virgilio y que encontró inspiración en él para tantos de sus versos, aprovecha la elegía quinta, dedicada a Mesalino, nuevo sacerdote de Febo, para rendir al mantuano un personal homenaje por boca de la Sibila que profetiza para Eneas, pero tampoco están excluidas aquí algunas escenas de tipo amoroso, como los desdenes de Némesis y las súplicas del poeta.

Las relaciones de Lígdamo y Neera (libro III, elegías 1-6) vuelven a mostrar el temario eterno del amor, el desdén, la existencia de un rival, la incapacidad del dinero para ofrecer felicidad.

Non opibus mentes hominum curaeque levantur (III 3, 20)

“No con riquezas se sosiegan las mentes de los hombres ni sus cuidados”

o bien el que la pobreza con amor puede ser feliz:

*Sit mihi paupertas tecum iucunda, Neaera,
 At sine te regum munera nulla volo* (III 3, 23 s.)

“Sea para mí la pobreza contigo dichosa, Neera, pero sin tí ningún don de los reyes quiero”.

La amistad, el vino, los sueños, el dolor en pasajes acertadísimos:

*Ei mihi, difficile est imitari gaudia falsa
 Difficile est triste fingere mente iocum* (III 6, 33 s.)

“¡Ay de mí! Difícil es simular gozos falsos, difícil es fingir alegría con un corazón triste”.

Y al lado de ello la constancia, incluso ante las traiciones:

Perfida, sed, quamvis perfida, cara tamen (III 6,56)

“Pérfida, pero, aunque pérfida, querida sin embargo”.

En las elegías 7-18 de este libro III aparecen las relaciones de unos amigos de Tibulo, Sulpicia y Cerinto, y hay quienes piensan que en su totalidad o en parte se deberían al propio Tibulo, a quien acudirían los enamorados para que confiase al verso sus sentimientos. Rebosantes de felicidad en ocasiones, no exentas de contratiempos en otras, poesías breves generalmente, frescas y espontáneas como lo son también la 19 y 20 de este libro, que se deben a Tibulo y de las que son muy notables algunos versos:

“Ninguna mujer me separará de tu lecho. Mi amor está atado por esta promesa. Tu eres la única que me places y ya ninguna muchacha de la ciudad, a excepción de tí, resulta hermosa a mis ojos. ¡Y ojalá pudieras parecer bonita sólo a mí! ¡No gustes a otros! Así yo estaré seguro (III 19, 1-6) ... Tú eres para mí el sosiego de mi inquietud, tú luz en la negra noche y tú para mí una multitud en los lugares solitarios (11-12) ... Ahora haré lo que quieras, y tuyo permaneceré siempre, y no rechazaré la esclavitud de mi bien conocida dueña” (21-22).

Trasuntos, en fin, de dolor, amor y sinceridad son los cuatro versos con que se cierra la obra tibuliana (III 20, 1-4).

“Un rumor dice que mi amada es infiel.

Ahora quisiera yo ser de oídos sordos.

Estas acusaciones me hacen sufrir.

¿Por qué, cruel rumor, atormentas a un desgraciado? Calla”.

Ya me excusé antes de empezar este breve recorrido por la obra tibuliana, y vuelvo a hacerlo ahora no sólo ante ustedes, por si ya conocían bien estos versos, sino ante el propio Tibulo al que intento ofrecer hoy un pequeño homenaje. Sí, éstos son sus temas, algunos de sus temas, pero no es su poesía, y lo que acabo de hacer puede parecer en cierto modo traición, pues perdida la visión integral les he presentado al peor Tibulo. Las ideas y sentimientos que inspiran su obra pueden ser de todos; pero el mérito no está sólo en lo que dijo, sino en cómo lo dijo y sobre todo en eso, en cómo lo dijo. El mérito de su poesía reside en la estructura, la elección del vocabulario, su disposición dentro del verso, las imágenes,

las figuras poéticas, la transparente elegancia, la difícil naturalidad, la maestría en el dístico elegíaco, en tantas y tantas cosas. Por eso gusta, porque va directo al alma y a los sentidos, a la mente y al corazón; por eso le imitaron y por eso le elogiaron siempre.

Así, pues, su obra sencilla, pero elegante y culta, sin desmesuradas aspiraciones, sin intentos de elevarse a los lugares donde moran los dioses, debería hacer que jamás la hiel de la envidia manchase su nombre.

Tibulo, amigo de Virgilio y admirador suyo ferviente, que como Virgilio sintió profundamente la naturaleza y la paz, tuvo la suerte de serle cercano en la muerte. El mismo 19 antes de Cristo o muy poco después, llorado de sus amigos, seguía Tibulo a su maestro. Domicio Marso (8), y no hay motivos para dudar de la autenticidad del epitafio, escribía estos versos:

*Te quoque Vergilio comitem non aequa, Tibulle,
Mors iuvenem campos misit ad Elysios,
Ne foret aut elegis molles qui fleret amores
Aut caneret forti regia bella pede.*

“A ti también como compañero de Virgilio una no justa muerte, Tibulo, te ha enviado a los campos Elisios, para que no quede ya quien llore tiernos amores en elegíacos, ni cante en pies solemnes guerras de reyes”.

Versos elogiosos por cierto, al poner en el mismo plano, aunque en distintos géneros, a los dos poetas, ambos insustituibles al decir de Marso.

La impresión que produjo su partida, esa vida truncada en plena juventud (el desconocido año de su nacimiento se sitúa entre el 60 y el 48 a.d.C.) inspiraría una de las mejores composiciones de la poesía latina, la elegía de Ovidio a la muerte de Tibulo (*Amores* III 9), en tantos puntos modélica y responsable en parte importante de que conforme a las Retóricas y Poéticas de todos los tiempos, elegía y poesía luctuosa hayan resultado siempre equivalentes.

Aquí a Tibulo le hallamos implícitamente comparado a los más ilustres héroes:

(8) Cf. H. BARDON, *La littérature latine inconnue*. París, Klincksieck, 1952, 2 v., I p. 333 y II pp. 52-57; F. W. LENZ “Domitius Marsus oder DM?” *Mnemosyne* XV, 1962, pp. 248-255; M. J. Mc. GANN “The date of Tibullus’ death” *Latomus*, XXIX, 1970, pp. 774-780 y U. PIZZANI “La vita Tibulli e l’epigramma de Domicio Marso” en *Studi classici in onore di Quintini Cataudella*. Catania, Fac. Let. e Filos., 1972, 3 vol., III pp. 307-318.

*Memnona si mater, mater ploravit Achillem
 Et tangunt magnas tristia fata deas,
 Flebilis indignos, Elegeia, solve capillos,
 A! nimis ex vero nunc tibi nomen est (vv. 1-4)*

“Si a Memnón lloró su madre, si su madre a Aquiles, y si conmueven a las grandes diosas los tristes destinos, desata, afligida Elegía, tus descuidados cabellos. ¡Ah! demasiado auténtico tienes ahora el nombre”.

La muerte de Tibulo, continúa Ovidio, la ha sentido Cupido tanto como la de su hermano Eneas, y Venus tanto como la de Adonis, y siguen luego unas alusiones a la poesía tibuliana y a la fama de Delia y Némesis. El elegíaco, utilizando en parte un verso tibuliano (I 1,60) evoca los sentimientos del conmemorado cuando temía en Corcira la muerte en soledad, y recalca que al morir han estado junto a él los seres queridos; y se lo imagina perdurablemente en el Elísio, donde le recibirán Catulo, Calvo y Galo.

*Si tamen e nobis aliquid nisi nomen et umbra
 Restat, in Elysia valle Tibullus erit (vv. 59-60)*

“Si queda de nosotros algo que no sea únicamente el nombre y la sombra, en el valle Elísio Tibulo estará”.

También en *Tristia* II, 445 ss. vuelve de nuevo Ovidio a referirse a Tibulo, en esta ocasión para lamentarse de que otros que hicieron lo mismo que el propio desterrado no han sido castigados. Tibulo, dice, enseñó a la mujer amada a engañar al marido, y ciertamente es éste un tema muy bien desarrollado que Ovidio imitaría en más de una ocasión y casi con los mismos términos.

De esta referencia ovidiana puede deducirse qué motivos eran los que más agradaban al de Sulmona, evidentemente el del amor y el de la preocupación por la muerte, que pueden ambos implicar comunión de sentimientos; aparte de la citada consideración de Tibulo como *praeceptor amoris* utilizada a modo de alegato en contra de su injusto exilio. El aprecio, en fin, que tenía el autor más moderno por la obra del precedente se revela a todas luces en un dístico de *Amores*

*Donec erunt ignes arcusque Cupidinis arma,
 Discentur numeri, culte Tibulle, tui (I 15, 27 s.)*

“Mientras haya fuegos y arcos, armas de Cupido, se aprenderán, culto Tibulo, tus versos”.

De unos amores no correspondidos nos habla Horacio en *Odas* I 33:

*Albi, ne doleas plus nimio memor
immitis Glyceræ, neu miserabiles
decantes elegos, cur tibi iunior
laesa praeniteat fide. (vv. 1-4)*

“Albio, no te duelas acordándote más de la cuenta de la cruel Glicera, ni repitas en lastimosas elegías que, violada la palabra que te dió, un jovencito te eclipsa”.

Estos versos citan a una mujer no nombrada en las elegías que nos quedan, de lo cual se deduce que parte de la obra de Tibulo se ha perdido. También de dicho poeta como *sermonum ... iudex*, y de su fortuna, sus cualidades físicas, etc., se habla en *la epístola* I 4; y aunque haya quien niega (9) que el Albio de la epístola sea el nuestro, podemos estar casi seguros de que Horacio se refiere a él y deducir de ahí el gran aprecio que el lírico por excelencia sentía hacia el elegíaco, alta valoración que cobra más sentido si se tiene en cuenta el talante poco modesto de aquél. Considerar a Albio como juez benévolo de una parte de su obra aunque fuesen los *Sermones*, es ya indicio más que suficiente.

Muchos son los juicios elogiosísimos sobre Tibulo en todas las épocas; muchas sus imitaciones (sabida es, por ejemplo, la interrelación entre su obra y la de Propercio (10), y el hecho de que fue modelo de más de un poeta, entre ellos el propio Ovidio), pero nos vamos a limitar a traer aquí el conocido juicio de Quintiliano X 1, 93, autoridad indiscutible para nosotros: *Elegia quoque graecos provocamus, cuius mihi tersus atque elegans maxime videtur auctor Tibullus*, aunque nuestro compatriota reconozca que hay quienes prefieren a Propercio.

Dije que iba a hablar de Tibulo en Hispania y, puesto que estamos oyendo a un calagurritano, parece que está llegando el momento; y, por otra parte, apunté que en obras dedicadas al estudio de la tradición clásica el nombre de Tibulo brillaba por su ausencia o al menos no merecía mucha atención. Por eso antes de adentrarme en el tema tenía la leve sospecha de que las conclusiones iban a ser negativas. Hoy mis juicios han cambiado y, si es evidente que su presencia está muy lejos de ser la de un Virgilio, Horacio u Ovidio, que gozaron de un éxito destacado, no es menor, sin embargo, que la de Propercio; la recepción de Tibulo es semejante a la de Catulo y mayor que la del Ovidio de los *Amores*.

(9) Cf. J. IZAAC, “Tibulle est-il l’Albius d’Horace?” REL, IV, 1926, pp. 110-116.

(10) Cf. A. CARTAULT, *Tibulle et les auteurs du Corpus Tibullianum*, Georg Olms Verlag Hildesheim. New York, 1981 (= París, 1909) pp. 103-116.

¿A qué se debe que su presencia sea más limitada? Yo pienso que hay algunas razones fundamentales.

1.—Aunque Tibulo era considerado docto, culto, elegante, tenía esa virtud, a veces poco valorada, de hacer sencillo, transparente y casi espontáneo lo que era fruto de una cuidada elaboración. De ahí, creo que procede en parte la escasez de citas en Quintiliano, los gramáticos latinos, las Retóricas y Poéticas renacentistas y posteriores y el que en las medievales ni se le mencione.

2.—La superioridad de la épica y el drama, que gracias a Aristóteles y luego a Horacio se mantiene por tiempo indefinido (nos referimos a poesía, pues obras en prosa se comentaban, traducían e imitaban por razones múltiples).

3.—Una tercera causa es de tipo moral. Tibulo, que elogiaba la paz, la fidelidad y la familia, que honraba a los dioses, es también el que con su ejemplo defiende el amor homosexual, aconseja el adulterio, considera aceptables las prácticas de hechicería y magia a las que él mismo dice que acudió. Por eso, como otros autores que trataban temas escabrosos, no fue aceptado en su totalidad e incluso halló a veces un rechazo completo.

Otra razón sería que la lectura de un poeta que nos habla de sentimientos íntimos y en el que predominan la forma exquisita o la musicalidad del verso, como hemos dicho, necesita de espíritus selectos, de gentes con sensibilidad para apreciar su obra, y esto desgraciadamente no se da en todas las épocas.

Quizá por esto fue casi nula su presencia en la Edad Media. Esta afirmación no queda invalidada por los hechos de que en el siglo IX o X se hicieran unos *excerpta*, los *Parisina*, que estuvieron en esa época en Francia, donde hoy se conservan, o de que Heriger de Laubach (11), muerto en 1007, autor de *Gesta episcoporum Leodiensium*, y quizá Anselm de Lütich (12), recopilador del anterior, que continuó su obra hasta 1052, conociesen algo de él. Puede asegurarse que sólo en *excerpta* era conocido, y así lo fue por Vincent de Beauvais (13), Eberhard de Béthune, Gautier de Châtillon, Guillaume de Lorris o Jean de Meung, aunque no parece que ninguno de ellos de modo profundo (14); incluso a Petrarca solamente llegó de modo parcial.

(11) Cf. M. MANITIUS. *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, 3 v., München, 1959, 1923, 1964 (= 1911¹, 1923¹, 1931¹) en II, p. 224.

(12) *Ibid.* p. 374.

(13) Cf. J. E. SANDYS, *A history of Classical Scholarship*, Hafner Publishing Co., New York, 1958, 3 v. en I p. 580.

(14) Cf. M. MANITIUS, *op. cit.* III pp. 749 y 927, HIGHET, *op. cit.*, I p. 116, y SANDYS, *op. cit.*, II, p. 6.

Como imitaciones podrían señalarse las de Matthew de Vendôme (15) o las de William de Malmesbury (16), cuyas poesías presuponen las de Propercio y Tibulo. Demasiado poco en todo caso.

Manuscritos completos no nos quedan anteriores al siglo XIV (y con seguridad de este siglo sólo es uno), ni completos fueron conocidos en la Edad Media. La propia existencia de *excerpta* hay quien la interpreta como prueba de la permanencia de nuestro poeta (17), pero, aunque algún *magister* como R. Blondus hablase de Tibulo a Peter de Blois (18) (s. XII), se puede afirmar que estaba ausente de las escuelas y que en los *Florilegia* integraba el número de los autores no leídos (19).

Con lo que acabamos de decir no resulta extraña la ignorancia total que de Tibulo se tuvo en España durante la Edad Media; no lo conocen Alfonso X, Mena, el Arcipreste de Hita, y las coincidencias del personaje de la *Celestina* con las magas tibulianas no implica necesariamente que él sea la fuente (20).

A Tibulo, como a los elegíacos en general, lo redescubren los humanistas, y ya desde entonces su influencia se va a ejercer con más o menos fortuna según las épocas y países hasta nuestros días. No es éste el lugar ni hay tiempo para extendernos en este punto: baste recordar como hermoso ejemplo, a principios de este siglo, los versos magníficos de Carducci:

*Siede Tibullo a l'ombra
ove docil da'colli un rio declina;
e di dolcezza ingombra
i sacri Elisii l'armonia latina.*

En el siglo XV constituye una auténtica moda la imitación de los elegíacos, y así las ediciones que se repetirán desde 1472, fecha de la *princeps* tibuliana, con tirada alguna de ellas de 3.000 ejemplares (concretamente la Aldina de 1502), dan pruebas más que suficientes del éxito al-

(15) Cf. SANDYS, *op. cit.* I, p. 552.

(16) Cf. E. NORDEN *Die Antike Kunstprosa*, Vom VI. Jahrhundert V. Chr. bis in die Zeit der Renaissance, Teubner. Stuttgart, 1974 (= Leipzig und Berlin, 1909) 2 vols., II pp. 723-724.

(17) Cf. F. L. NEWTON "Tibullus in two grammatical Florilegia of the Middle Ages", TAPhA, XCIII, 1962, pp. 253-286.

(18) Cf. NORDEN, *op. cit.*, p. 718-719.

(19) E. R. CURTIUS, *Literatura europea y edad media latina*, México, 1976, 2 vol., 902 pp. (= *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Berna, 1948) en p. 83.

(20) Cf. M. R. LIDA, *Dos obras maestras españolas. El libro del Buen Amor y la Celestina*, EUDEBA, 1977 (=1966¹); F. CASTRO GUIASOLA, *Observaciones sobre las fuentes literarias de "La Celestina"*. Madrid, C.S.I.C., 1973, (reimpresión) y T. GONZALEZ ROLAN, "Rasgos de la alcahuetería amorosa en la literatura latina", *Actas del I Congreso Internacional sobre la Celestina*, Barcelona, 1977, pp. 275-289.

canzado. Tibulo, con Propercio y Catulo, está en la base de un movimiento tan importante como el que supuso la poesía neolatina, todavía no estudiado lo suficientemente (21). La imitación de los elegíacos se da, como es obvio, muy pronto en Italia, y la imitación del dístico para una colección de poemas amorosos, igual que hicieran los latinos, se encuentra por primera vez en el *Angelinetum* de Giovanni Marrasio (22), un libro de nueve elegías dedicado a Angelina Piccolomini, y también en la *Cinthia* del hermano de ésta Aeneas Sylvius Piccolomini (23), el luego Papa Pio II. A Tibulo imitan ya en latín, ya en lengua vernácula Pontano, Ariosto, Sannazaro, Bembo, Tasso, Petrarca. Una concepción completamente nueva de la poesía con cotas muy altas de perfección y a la que España se incorpora un poco tarde.

Herrera da la explicación del hecho en sus comentarios de Garcilaso (24). Después de un elogio de la lengua española, de la que dice que es “grave, religiosa, honesta, alta, magnífica, suave, tierna, afectuosísima, llena de sentimientos y tan copiosa y abundante que ninguna otra puede gloriarse de esta riqueza y fertilidad más justamente”, reconoce que los toscanos son “más perfectos y acabados poetas”, añadiendo que ellos han atendido a ello “con más vehemente inclinación y han tenido siempre en gran estimación este ejercicio”. Los españoles, en cambio, “ocupados en las armas con perpetua solicitud hasta acabar de restituir su reino a la religión cristiana, no pudiendo entre aquel tumulto y rigor del hierro acudir a la quietud y sosiego de estos estudios, quedaron por la mayor parte ajenos de su noticia... Con el Imperio, sin embargo, han entrado las buenas letras y han sacudido el yugo de la ignorancia, y, aunque la poesía no es tan generalmente honrada y favorecida como en Italia, algunos la siguen con tanta destreza y felicidad que pueden poner justamente envidia a los mismos autores de ella” (entre los cuales incluye al Marqués de Santillana, Boscán, Diego de Mendoza, y sobre todos a Garcilaso).

No hay que insistir en que hay cierta exageración en las palabras de Herrera, pues no todo era ignorancia antes del Imperio en España; hay

(21) Cierta atención se presta a ello en algunos artículos de *Classical Influences on European Culture A.D. 1500-1700*. Proceedings of an International Conference Held at King's College, Cambridge, april, 1974. Edited by R.R. Bolgar Cambridge University Press, 1976, XVIII+383 pp.

(22) *Ibid.* p. 172.

(23) *Ibid.* p. 173.

(24) Comentarios de Fernando de Herrera (a Garcilaso) 1580, nota 1. Cf. *Garcilaso de la Vega y sus Comentaristas. Obras completas del Poeta*, acompañadas de los textos íntegros de los comentarios de El Brocense, Fernando de Herrera, Tamayo de Vargas y Azara, Edición, introducción, notas, cronología, bibliografía e índices de autores citados por Antonio Gallego Morell, Madrid, Gredos, 1972, 699 pp., en 313-314.

que reconocer, sin embargo, que se vivía de espaldas, casi sin noticias de los movimientos renovadores que surgieron en Italia.

Si la Reconquista, como reconoce Herrera, supuso un obstáculo para la nueva poesía, no ocurrió igual con otras guerras, y así se ha visto que la literatura neolatina alcanzó sus más notables logros allí donde el panorama político era menos estable y abundaban los conflictos, invasiones, anarquías, luchas religiosas, como en Italia, Alemania o los Países Bajos; mientras que en España, Francia e Inglaterra, que gozaban de mejor situación, se desarrolló menos el culto de esta literatura (25). Y de Holanda y Alemania son dos de los mejores poetas neolatinos, en los que Tibulo influyó. Uno de ellos es Ioannes Secundus, de familia ligada a Carlos V, secretario del cardenal Tavera, que llamado por el propio emperador para desempeñar el mismo cargo a su lado murió antes de tomar posesión de él (26). Su amistad hacia Jerónimo de Zurita, con quien comparte su amor por la latinidad nos la muestra la elegía III 16, a él dedicada. Así leemos en los versos 1-2:

*Unica nata meis requies, Hieronyme, curis,
qui facis Hesperiae iam mihi dulce solum*

“Jerónimo, sosiego único de mis cuidados, que me haces dulce ya el suelo de Hesperia”.

Y en el verso 15

Quam iuvat antiquos pariter cantare poetas

“Cómo agrada recitar a la vez a los poetas antiguos”.

Así también en el v. 33 aparecen los nombres de Delia y Némesis entre los de otras amadas de los elegíacos.

Es de notar también que en III 12 hay un elogio a la ciudad de Zaragoza, lo cual se explica por la amistad con el zaragozano Jerónimo de Zurita, que a la vez quizá nos explique que el ambiente en que se movía el Secretario del Santo Oficio, le hiciera tolerante con la latinidad pagana (27).

El otro escritor neolatino de que hace un momento hablábamos, más in-

(25) Cf. P. VAN TIEGHEM, *La littérature latine de la Renaissance*. Slatkine Reprints. Genève, 1944, p. 18, citado por Olga Gete en la p. 26 de su introducción a la traducción de Juan Segundo, “Besos y otros poemas”, Barcelona, Bosch, 1977.

(26) Todas estas noticias y algunas más rezaban en su epitafio: cf. OLGA GETE, *op. cit.* p. 46.

(27) Cf. M. DEFOURNEAUX, *Inquisición y censura de libros en la España del XVIII* (= *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIII^e siècle*, PUF, 1963), Madrid, Taurus, 1973, p. 35 n. 17. Zurita pensaba que los autores antiguos tales como Catulo, Propertio, Ovidio, no debían censurarse ni prohibirse, en gracia a la excelencia de su estilo; bastaba con prohibirlos para los niños.

(28) Cf. W. LUDWIG “Petrus Lotichius Secundus and the Roman elegist: prolegomena to a study of Neo-Latin elegy” en *Classical Influences... op. cit.* pp. 171-190.

fluidio aún por Tibulo que el precedente, fue Petrus Lotichius (28), en quien se observan las cualidades de *suavitas* y *elegantia* connaturales al latino y que es considerado el príncipe de los poetas germanos.

En España no hubo ninguno en que la influencia de los elegíacos fuese tan notable, quizá porque los españoles quedaron desde el principio deslumbrados por Petrarca; sin embargo, al círculo de los mejores hombres del Humanismo (Pontano, Poliziano, Sannazaro) perteneció un excelente poeta español, pero que escribió en italiano y algo también en latín, y que es el primero en el que advertimos junto a otros el influjo de Tibulo; es Chariteo (29) (Bernardo Garreth o Garet), nacido en Barcelona, aunque se trasladó luego a Italia. Y, si es cierto, como parece, que cuando se marchó ya poseía una muy sólida formación literaria, habría que deducir que, aunque en círculos limitados, ya era conocido Tibulo en España a finales del XV.

Y lo conocen también, pongo por caso, Diego de Mendoza, Boscán y Garcilaso, en quien no faltan imitaciones. No voy, claro está, a ofrecer todos los lugares de Garcilaso o de otros donde se advierta la influencia, pero iré dando alguna muestra de vez en cuando. De Garcilaso, por ejemplo, permítasenos leer unos versos inspirados por pasajes tibulianos, los de la égloga II vv. 1073 ss.

*A aqueste Febo no le escondió nada;
antes de piedras, hierbas y animales
diz que le fue noticia entera dada.*

*Este, cuando le place, a los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales.*

*La negra tempestad en muy serena
y clara luz convierte. Y aquel día
si quiere revolvello, el mundo atruena.*

*La luna de allá arriba bajaría
si al son de las palabras no impidiera
el son del carro que la mueve y guía.*

También en Herrera he visto ecos de Tibulo, que si bien alguna vez pueden proceder, por ser casi tópicos en el lenguaje amoroso, de Horacio o Propertio, no excluyen del todo la fuente tibuliana, tanto más cuanto que Herrera incluye a Tibulo en su reducida lista de los inmortales con Ho-

(29) Cf. MENENDEZ PELAYO, *Antología de Poetas líricos españoles*, Madrid, C.S.I.C., 1945, pp. 384-397; K. F. SMITH "Notes in Tibullus", *AJPh* XXXVII, 1916, pp. 131-155, amén de la edición de E. PERCOPO, *Benedetto Gareth, detto il Chariteo*, Rime, Napoles, 1892, 2 v.

mero, Virgilio, Petrarca y Garcilaso. Sus versos dicen así (Elegía I vv. 427 ss.):

*Tal por este camino dio a la gloria
de la inmortalidad el passo abierto
quien celebró de Grecia la victoria
i el otro mayor qu'él (si no es incierto
lo que la fama afirma) qu'el Troyano
puso en Italia y cantó a Turno muerto;
tal el suave espíritu romano
huyó con Delia del mortal tormento
i el puro, el terso i el gentil toscano.
Por esta senda sube al alto asiento
Lasso, gloria inmortal de toda España,
mezclado en el sagrado agitamiento.*

Otras imitaciones hay en Juan de la Cueva, Fray Luis de León, Villegas, Nicolás Fernández de Moratín, Pérez del Camino, Cadalso, Luzán, Poncel etc. etc., y quizá también en Lope de Vega y Quevedo, y en otros muchos. Quiero, sin embargo, llamar la atención especialmente sobre el escolapio Juan Arolas, un buen poeta a mi juicio, que debió de conocer bien a Tibulo, a juzgar por el homenaje a él rendido en la edición de sus Poesías (30), en la que se insertan dos versos del latino. Así en la página 67 del tomo segundo después de una dedicatoria "Al autor de los versos dirigidos a M. Alfred de Musset, sobre la marquesa de Amaegui" y precediendo a la poesía se lee el verso I 1, 69

Interea, dum fata sinunt, iungamos amores

"Entre tanto, mientras los hados lo permiten, unamos nuestro amor", y al principio del tercer tomo (*Libro de Amores*) al pie de un bonito grabado otro verso del *Corpus tibullianum*, el III 12, 27, puede verse:

At tu, Diva, cave ne nox divellat amantes (31)

"Pero tu, Diosa, procura que la noche no separe a los amantes".

En la mayoría de las imitaciones, ausentes los temas demasiado esca-

(30) *Poesías de Juan Arolas*, Valencia, Imprenta de D. José Monpién, 1843, 3 vol.

(31) Difiere la lectura de este verso de la de ediciones y manuscritos, ya que en vez de *Diva* ofrecen *sancta*, y *fave* en vez de *cave*.

brosos o *cuasi* prohibidos, predominan con mucho los del campo, la esperanza, la pobreza dichosa, la sencillez de una mesa, el disfrute de la naturaleza y la paz. Veamos al azar un ejemplo de Lista (32):

*Jamás en debil leño oyó el bramido
del piélagos inclemente
quien se adurmió una vez al blando ruido
de la emboscada fuente.
Otros se ciñan el laurel sangriento
del bárbaro Gradivo
y bajo techo rústico el contento
me halague a mí festivo.*

Tibulo está presente cuando se le imita, pero también cuando se le cita en obras históricas, de crítica literaria, comentarios, y de esta manera le hallamos en Herrera, y el Brocense, Luis de la Cerda, Francisco Fernández de Córdova, Saavedra Fajardo, Cascales, Bartolomé de las Casas, Bernardo de Balbuena, o fuera de nuestras fronteras en Andrés Bello, por ejemplo, en algunos casos con conocimiento muy completo.

Es lógico también que le hayan utilizado quienes poseyeron su obra y pusieron su firma o *ex-libris* en ejemplares que se conservan y he podido ver; así D. Antonio de Mendoza, D. Guillén de Asís, Juan Valera, Joan Estelrich, Prat de Saba y un largo etcétera. E igualmente otros muchos cuyos nombres desconocemos, pero que nos dejaron muestras de su personalidad, gustos e intereses en los márgenes de las ediciones que leyeron. Así sabemos de un lector de la edición con comentario de Aquiles Estacio, preocupado especialmente por el teatro, sobre el que quizá trabajase, que suele subrayar casi siempre las líneas en que el comentarista aduce un ejemplo de Plauto, o tal vez porque pensara ya en la comedia como origen de la elegía romana; también subraya los testimonios de Plinio que probablemente consideró muy valiosos. En otra edición, la de 1493, otra persona, más preocupada por cuestiones amorosas, a la que quizá no fueron bien las cosas en este terreno, subraya todo lo que de negativo hay en el texto o comentario (en este caso de Cilenio) sobre la mujer, su condición mudable, etc.; y otro tercer lector, filólogo o al menos preocupado por la crítica textual, que corrige lecturas, da variantes, añade versos que aparecen en otras ediciones y allí están omitidos o incluye incluso comentarios personales que ilustran el contenido etc. Inte-

(32) Versos de "La mañana". cf. *Biblioteca de Autores Españoles, Poetas líricos del s. XVIII*, v. III, pp. 305-306.

resantísima resulta esta recepción directa de Tibulo, esta respuesta ante el texto tan personal, auténtica y espontánea. Muchos son los ejemplares así glosados, aunque hay que reconocer que hemos visto otros que parecen no haber sido leídos nunca.

Casi todas las ediciones que se han hecho de Tibulo (incluidos los incunables de los que hubo catorce) (33), estuvieron en España desde el principio, y es éste un dato también significativo. Estas ediciones las poseían personas particulares, como hemos dicho, pero sobre todo las Universidades o las Bibliotecas de la Compañía de Jesús, los Capuchinos, las Escuelas Pías o los Agustinos Descalzos; así consta en las portadas de los libros y así está en los sellos.

Y, si las ediciones de Tibulo corrieron por España desde el siglo XVI, también, aunque en pequeña escala el entero mundo ibérico contribuyó al conocimiento de Tibulo. Me refiero, por una parte, a la edición de 1794 hecha en la imprenta pamesana de Bodoni: en ella se recoge el texto de nuestro poeta junto con los de Catulo y Propertio (34), llevada a cabo por Esteban de Arteaga y Nicolás de Azara, y no implica novedades por ofrecer el texto tibuliano de Heyne, pero tiene el mérito de ser preciosísima y muy cuidada. Y, por otra, a la anterior en el tiempo y magnífica en su comentario, sin duda el mejor de los antiguos, publicada en Venecia, 1567, por el lusitano Aquiles Estacio (35).

Pero en España Tibulo se vió mediatizado a causa del contenido de parte de su obra, aquella que hablaba de magia o amor homosexual o aconsejaba la infidelidad; no mucho más, sin embargo, que en el resto de Europa y no de manera distinta a otros autores. Así, ya desde la época medieval se incluía en los florilegios sólo lo no dañino o, por mejor decir, aquellos pasajes en que se contuvieran buenas costumbres o buenas ideas. Veamos, por ejemplo, el principio de un *Florilegium* (Berlin Diez B 60) que dice así:

*Incipiunt flores auctorum
bona priscorum proverbia philosophorum
quae quia nostrorum sunt edificatio morum
et quia delictae sunt omnis philosophiae
tam sunt scribenda memori quam corde tenenda.
Esset enim magnum cunctis ea perdere dampnum;*

(33) Cf. MIROSLAV FLODR, *Incunabula Classicorum, Wiegendrucke der griechischen und römischen Literatur*. Verlag Adolf M. Hakkert. Amsterdam, 1973, pp. 92 y 304-305.

(34) *Catulli, Tibulli, Propertii Opera*. Parmae. In aedibus palatinis. Typis Bodonianis, 1794.

(35) *Tibullus cum commentario Achillis Statii Lusitani*. Venetiis. In aedibus Manutianis, 1567.

o el final del *Escorialense* Q I 14

*Dicta tenes veterum, lege singula, collige rerum
exempla et morum retine decreta priorum;* (36)

lo cual es causa de que, muy poco después de aparecer las primeras ediciones íntegras de los clásicos, comiencen a aparecer otras antológicas de las que se ha suprimido lo no decente.

Por lo que toca a Tibulo, parte de su obra caía de lleno en las reglas encaminadas a prohibir libros o expurgarlos (37), y evidencia, en efecto, de que fue expurgado la tenemos en algunos ejemplares que hoy se conservan; aunque Tibulo, como otros autores, gozara de la tolerancia con que eran acogidos los libros no escritos en lengua vernácula, es decir, se admitía que las personas formadas o, por ejemplo, los profesores, por razón de oficio y teniendo en cuenta la *elegantia sermonis*, lo pudiesen leer; pero nunca podía llegar Tibulo completo a manos de estudiantes y, según era norma entre otros de los Jesuitas (38), ni siquiera a profesores jóvenes. Diremos, sin embargo, en honor a la verdad, que fue la Iglesia la que colaboró muy eficazmente en la divulgación de todo o parte de lo bueno que tenía este autor desde un punto de vista moral, que era mucho.

Tales circunstancias pueden explicar que se tradujese tan tarde a Tibulo completo (pues traducido antes hubiese sido prohibido con toda seguridad) o que las versiones aisladas que de él se hicieron casi siempre fuesen de las inofensivas elegías I 10 (contra la guerra y en defensa de la paz), II 3 (elogio del campo), II 1 (lustración campestre); ahora bien que prejuicios los siguió habiendo y a veces exagerados lo demuestra que aún en 1948 el P. Gregorio Arcila suprimía de la primera de ellas los versos en que se habla de amor (39).

No faltaron a pesar de ello traductores que como Fray Luis de León,

(36) Estos textos aparecen citados en B. L. ULLMAN "Tibullus in the Medieval 'Florilegia'", CPh, XXIII. 1928, pp. 128-174, en 128 y 132.

(37) A modo de ejemplo véase lo que decía (entre otras cosas) la Regla XVI del *Novissimus Librorum Prohibitorum Et Expurgandorum Index Pro Catholicis Hispaniarum Regnis*, Philippi IIII Reg. Cath. Ann. 1640 "Devense expurgar todos los lugares que tuvieren sabor de superstición, hechicería y divinación ... Item todo lo que tuviere olor, o sabor de Idolatría y Paganismo ... Item los escritos lascivos que puedan viciar las buenas costumbres". Cf. A. SIERRA CORELLA *La censura de libros y papeles en España y los índices y Catálogos españoles de los prohibidos y expurgados*. Madrid, 1947, p. 287.

(38) Cf. ARTURO MARIA CAYUELA *Humanidades Clásicas*, Zaragoza, 1940; en el Apéndice VI "Sobre el expurgo de los clásicos", pp. 788-789 se reproduce el documento en que esto se aconsejaba.

(39) No español sino colombiano es Arcila. Esta traducción se encuentra en G. ARCILA ROBLEDO *Obra literaria*, Bogotá, 1948. p. 320; Cf. J. ZARANKA "Albio Tibulo. Elogio de la Paz (I, 10)", *Fac. Fil. Let. Univ. Nacional. Bogotá*. 1964-65, pp. 153-175 en p. 116.

Villegas, Marchena, Félix María Hidalgo, Pedro José Pidal, Forteza, Menéndez y Pelayo, etc. etc., pusieran en verso castellano las poesías de Tibulo; y, si bien es cierto que en algunas falta fidelidad, y otras son pesadas en ciertos pasajes, también lo es que aciertos considerables se hallan en casi todas y, lo que es más importante, que en su conjunto acercaron al elegante Tibulo a sus contemporáneos y a las generaciones sucesivas.

La primera traducción completa que se publicó en España es la de Pérez del Camino y data de 1874, más de doscientos años después de la primera en cualquier lengua, que fue la francesa de 1653. Pero han de advertir que la versión estaba ya acabada, en forma explicable, como acabamos de decir, pero no menos lamentable desde 1815; es más, parece que tuvo que suceder el exilio de nuestro traductor a Francia para que hubiese un Tibulo en castellano, pues fue en el vecino país donde nuestro afrancesado, aficionado y conocedor de los clásicos latinos, se decidió a llenar ese hueco ciertamente vergonzoso en las Letras españolas (40). Muchas traducciones había en Francia de Tibulo, a cuya divulgación habían contribuido sin duda dos obras singulares. Una de ellas, de M. de la Chapelle, *Les amours de Tibulle* (París 1712 en tres volúmenes) toma como pretexto para ofrecernos una bastante completa visión de la Roma de Augusto las elegías del *Corpus Tibullianum*; la de Guillet de Moyvre, *La vie et les amours de Tibulle, chevalier romain et de Sulpicie, dame romaine* (París 1743 en dos volúmenes, pero dice el autor que la tenía terminada cuando apareció la de La Chapelle) ofrece una trama mucho más novelesca, en la que no falta ingrediente alguno, intrigas amorosas, celos, venganzas, duelos, personajes que no son quienes aparentan, etc. Allí están las celebridades de la época, ya literarias, ya políticas, Horacio, Tito Livio, Ovidio curiosamente ya en el exilio. Livia quiere casar a Julia que está enamorada de Tibulo y sufre su desdén, con Tiberio; Salustio se presta a mediar en favor de los intereses de la esposa de Augusto. Allí están, por supuesto, los amores de Tibulo con Delia, que es la hija de Fanio, y el rival, no otro que el hijo de Ático, y los amores de Sulpicia con Cerinto, que es su primo, hijo de Mesala, y el propio Mesala que pretende casarse con la joven; y también, como en las comedias, los amores de los criados, por ejemplo el de la sirvienta de Julia con el secretario de Tibulo; y de vez en cuando se encuentra también ocasión para ir insertando las elegías tibulianas.

Estas obras que, como decíamos debían colaborar al conocimiento de

(40) Hablamos de traducciones publicadas pues parece que el jesuita Ceris y Gelabert, según refiere Menéndez Pelayo, B.T.E. IV, p. 51, también lo tradujo, aunque nada más se sabe de este trabajo.

Tibulo, es evidente que son por otra parte el resultado de esa misma mayor estimación. Y no es extraño que Pérez del Camino las conociese; pero me parece que de todas las traducciones francesas la que más presente tuvo nuestro traductor fue la del "auteur des Soirées Helvétiennes" (un tal Mr. David según parece), la cual, se publicó en 1771 (41). El intérprete español se apoya en ella y en las notas a ella añadidas, algunas sorprendentes y que hoy nos parecen impropias para acompañar el trabajo de una traducción, pero reveladoras de los prejuicios existentes y que sin duda justificaron lo tarde que se tradujo en España y el cómo se tradujo en Francia. Están en efecto dedicadas a condenar todo lo que de inmoral, indecente o perjudicial aparecía en el texto tibuliano, así la hechicería y magia, la homosexualidad, las costumbres licenciosas.

Coinciden ambos, aunque estas consideraciones no son privativas de ellos, en lo malo que resultan las prácticas de hechicería, y en que es imposible que Tibulo, espíritu cultivado y, sobre todo, un hombre, creyese cosas sólo propias de la ignorancia y de las mujeres.

Pérez del Camino, igual que el autor de la traducción francesa de 1771, iba a introducir un personaje femenino siempre que Tibulo se dirigiese amorosamente a un varón, pero luego cambió de opinión diciendo: "Pensé dirigir a alguna beldad las elegías en que Tibulo canta una pasión que, ultrajando a la naturaleza, ofende al sexo hermoso y deshonra al nuestro, pero algunos pasajes hacían impracticable esta alteración". Decidió, pues, atenerse al texto y se tranquilizó además pensando que "esta mancha de los antiguos" (evidentemente la homosexualidad) era conocida, y que así su traducción no revelaba ningún secreto; y "distanto tanto sus costumbres de las nuestras", continúa, "su ejemplo no debe ser peligroso para nosotros" (42).

Otra curiosa discrepancia: el francés había resaltado con todo lujo de detalles la importancia del cuidado y pintura de las uñas en las mujeres; Pérez del Camino, que no traduce por uñas sino por dedos, pues la primera le parece una "voz baja", comenta: "En estos días se ha renovado este refinamiento de molicie, mas, por fortuna, no en España. Sólo lo he visto en Francia, donde hay artistas femeninos cuyo ministerio es arreglar y pulir las uñas de las petimetras" (43).

Prejuicio, en cambio, común a ambos y muy propio de lo neoclásico es la sustitución de la palabra escupir, que afearía el verso, por otro término.

Y no menos típicas de su época y su estilo son las exclamaciones.

(41) *Traduction en prose de Catulle, Tibulle et Gallus. Par l'Auteur des Soirées Helvétiennes, et Des Tableaux. À Amsterdam et se trouve à Paris, 1771, 2 v.*

(42) *Op. cit.*, pp. 49-50.

(43) *Ibid.*, p. 164.

“¡Qué extravío de ideas o qué prodigiosa corrupción ha sido necesaria para llegar a este punto!”, refiriéndose naturalmente al amor entre hombres; “¡institución admirable!” (44) aludiendo a que las doncellas romanas, como señal de castidad, llevaran una cinta debajo del pecho que desataba el esposo en el día de la boda, etc.

De esta clase o similares son muchos de los comentarios que aparecen a cada momento en la obra de Pérez del Camino, aunque no faltan, como es natural, ni en él ni en las traducciones francesas anteriores notas explicativas de costumbres, geografía, mitología, etc.

La traducción en verso muestra más de un fallo y si muchas de sus infidelidades no se las reprobarán, como él dice, los amantes de las buenas costumbres, otras, por el contrario, proceden de una deficiente comprensión del texto; no en balde es un poeta y no un filólogo quien traduce; mientras que ciertas inexactitudes las produce el tener que ajustarse a los moldes del verso.

No es, pues, ésta una edición crítica, ni un trabajo científico, pero también tiene aciertos, y algunas elegías muy bellamente vertidas pueden suplir otros defectos que sólo el hecho de ser la primera traducción española ya puede compensar.

Me he permitido extenderme aquí un poco más por ser ésta la inicial y para que se vea qué criterios seguían vigentes en el siglo XIX en relación con Tibulo y cómo se le recibía; y comprobamos que se quedaban en lo que puede ser pura anécdota, poco importante para el acercamiento personal a su poesía, para el goce de lector. Y hay que decir de nuevo que a veces no importa tanto lo que dice Tibulo, sea bueno o malo, honesto o deshonesto, sino el cómo lo dice, el cómo vuelca su sensibilidad y su arte en los versos.

Un repaso rápido daremos a las siguientes traducciones, que tampoco son muchas; hasta 1913 no aparece otra en España, la de Germán Salinas (45), sin texto latino, en prosa, con una introducción y notas de que está ausente por completo la bibliografía fundamental sobre Tibulo y con comentarios de tipo moralizante no muy distantes de los de Pérez del Camino; una traducción de la que el autor, no sabemos si con sinceridad, no se sentía muy contento.

En 1922 aparece la de C. Magriñá (46), que tiene el mérito de verter

(44) *Ibid.*, pp. 148 y 220.

(45) *Líricos y elegíacos latinos*, traducidos y anotados por D. Germán Salinas, 2 tom. (en el primero Tibulo está en las pp. 185-339). Madrid, Sucesores de Hernando, 1913.

(46) *Elegías de Tibulo* (sic). Los cuatro libros de elegías llamadas de Tibulo, elegantísimo poeta de la Edad de Oro de la literatura latina. Traducción al castellano en versos hexámetros y pentámetros, precedida de un Prólogo-Estudio y

a hexámetros y pentámetros castellanos el dístico elegíaco latino. El texto acompaña la traducción.

De 1977 es la última, de Enrique Otón (47), que tampoco es una edición crítica y cuyas notas son esencialmente estilísticas, reveladoras del profundo acercamiento del traductor a Tibulo, cuyos sentiminetos comprende de cerca; pero, quizá a causa de las limitaciones impuestas por la Colección en que publica el trabajo, tampoco es ésta la edición que Tibulo está necesitando en España, una crítica en que se aborden todas las cuestiones y problemas inherentes al *Corpus Tibullianum* y cuyas notas y comentarios no estén de espaldas a todo lo que se ha hecho en este campo desde las primeras ediciones hasta la bibliografía más reciente, que no es poco.

Fuera de nuestras fronteras merecen ser mencionadas la colombiana de Miguel Antonio Caro (48), y las mejicanas de J. Casasús (49) (edición muy completa y que rebosa erudición y buen juicio crítico, aunque no todo son virtudes) y la de Herrera Zapién, inferior a la del últimamente citado.

Desearíamos que con ocasión de este bimilenario de Tibulo alguien se decidiese a dotar a la Filología Clásica española de esa edición crítica con traducción y comentarios que se está reclamando a gritos, un trabajo en que, además, no faltasen los manuscritos que se encuentran en España, apenas conocidos.

Y me es, por último, grato decir que don Manuel Batlle, el que fuera Rector de nuestra Universidad, dedicaba sus ocios de jurista y sus dotes de poeta a traducir a los elegíacos y entre ellos, estoy segura, a Tibulo; hasta hoy no he podido ver esos trabajos, pero hago votos para que aparezcan y desearía que la Universidad de Murcia rindiese un homenaje al Dr. Batlle editando sus traducciones.

Me gustaría haber llevado al ánimo de ustedes la evidencia de que Tibulo, ese gran poeta muerto ahora hace dos mil años, no ha estado ausente de España, aunque su presencia no haya sido la deseable; y quizá ahora sea una necesidad reencontrarse con él de nuevo, porque mucho

adornada con numerosas glosas por Carlos Magriñá. Barcelona, Altés, 1922. Este mismo autor en colaboración con Joan Mínguez lo tradujo al catalán (Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1925).

(47) *Tibulo, Poemas*. Introducción, notas y traducción de Enrique Otón Sobriño, Barcelona, Bosch, 1979.

(48) *Flos poetarum* en *Obras completas de Don Miguel Antonio Caro*, Bogotá, 1918; la traducción la hizo en los años 1863-65. Cf. J. Zaranka, "art. cit." p. 160. Algunas elegías sueltas se publicaron en vida del autor en distintos lugares.

(49) *Las elegías de Tibulo, de Lídamo y Sulpicia*. Traducidas en verso castellano por D. Joaquín Casasús. México. Ignacio Escalante, 1905.

(50) *Albio Tibulo y su Círculo. Elegías*. Libros I-III. Introducción, versión rítmica y notas de Tarsicio Herrera Zapién, UNAM, 1976.

del mundo en que vivió Tibulo y mucha de su vivencia personal e íntima, la paz, el amor, la naturaleza, la vida sencilla, conecta íntimamente con nosotros. Tenía razón María Rosa Lida (51) cuando hace ya algunos años decía: “Es el estado de ánimo de la época, por así decirlo, lo que determina la fecundidad del influjo de la obra antigua, no sólo el carácter extrínseco de la obra”; somos nosotros, pues, los que buscamos la obra aunque ella espere siempre pacientemente sabiendo que llegará un día en que ocurrirá ese acto supremo de amor que es entregarse a otro, en este caso al lector.

Y continuaba diciendo la ilustre filóloga unas palabras que hoy quizá más que nunca pueden tener actualidad: “El accidentado curso de la erudición española, jalonado de pujantes florecimientos seguidos de otros tantos eclipses, habla también en el mismo sentido. Cada vez que España quiere estrechar vínculos con el pensamiento europeo (a comienzos del siglo XVI, a mediados del XVIII, a comienzos del XX) su atención se ha dirigido siempre al mundo grecorromano...” E insiste: “No hay tanto un influjo uniforme de la Antigüedad sobre el hombre moderno como una decidida búsqueda de altos ideales antiguos por parte del hombre moderno. La acogida de la tradición grecorromana aparece muy ligada, como toda la manifestación de cultura, a complejos sociales en el sentido amplio de la palabra”.

Y es un hecho, creo yo, que hoy, pese a las apariencias, se tiende a una interiorización, a una búsqueda de lo espiritual, para lo que tiene respuesta la poesía; y Tibulo es uno de los mejores poetas de todos los tiempos. Si se tiende ahora a traspasar fronteras en busca de una mayor solidaridad, a eso también responde la Antigüedad clásica, preocupada por el hombre y a la cual nada del hombre era ajeno; y creo que los altos ideales del clasicismo, que se nos ofrecen en las obras por los antiguos escritas, afortunadamente hoy, lo podemos comprobar esperanzadamente, los estamos recobrando paso a paso.

Muchas gracias.

(51) Cf. *La tradición clásica en España*. op. cit. p. 201.